

de ellos fechado en 1918 y el último en 1936, sirven para orientar al lector en los detalles de la biografía que ha leído y proporcionan nuevos y desconocidos datos.

En resumen, el libro de Miguel Ángel Dionisio Vivas completa a través de nueva documentación, especialmente la encontrada en archivos italianos, la biografía de quien fuera cardenal primado de Toledo, “figura rica, compleja, polifacética” como señala el mismo autor. Y todo reflejado en un libro de fácil lectura, ameno, con un vocabulario y un léxico preciso. Únicamente, pero esto es la opinión del quien escribe, haría más fácil la lectura un sistema de citación de notas a pie de página más ligero (el autor ha utilizado el sistema denominado Harvard), pero en nada disminuye este detalle la calidad académica y literaria de esta semblanza del cardenal Gomá.

Carlos NIETO SÁNCHEZ

Universidad Complutense de Madrid

HERNANDO, Almudena: *La fantasía de la individualidad sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid, Katz, 2012.

Almudena Hernando desarrolla en esta obra su propia teoría sobre cuáles han sido los elementos que han llevado a que hombres y mujeres conformen su identidad de forma diferente. Desmiente la veracidad del discurso de la individualidad apoyado en la razón, y sostenido y defendido fundamentalmente por los hombres. Su teoría basada en la idea de que la posibilidad de un mayor desplazamiento en los hombres frente a las mujeres, al tiempo que los procesos socio-económicos se iban complejizando, permitió a éstos tener un mayor contacto con las tecnologías, lo que les hizo individualizarse y valorar la razón, como medio para explicar los fenómenos ante los cuales antes no tenían respuesta, como superior. De esta forma se va conformando en los hombres una identidad individual basada en la razón, mientras que las mujeres mantendrían esa identidad relacional, antes común a todo el grupo, y que se apoyaría fundamentalmente en las emociones.

Almudena Hernando, con una formación en prehistoria y arqueología aunque buena conocedora de otras ciencias como la antropología, psicología, filosofía, sociología y psicoanálisis, utilizará el conocimiento y las herramientas que le permiten estas ciencias para desarrollar su teoría. Sus trabajos de campo con distintos grupos indígenas, le han permitido conocer la forma de entender el mundo por parte de poblaciones orales. Su teoría intenta responder a preguntas planteadas por muchas teóricas y teóricos. ¿Dónde y cuando situamos el origen de la subordinación femenina? ¿Qué mecanismos contribuyeron a ello? Y ¿cómo se ha podido sostener durante tantos años?

Su obra está estructurada en once capítulos. En el primero la autora recoge unas ideas generales en las que ya defiende que hombres y mujeres construyen su identidad de forma distinta, abordan los problemas y les dan soluciones de manera diferen-

te. Como arqueóloga prestará una importante atención a la cultura material, ya que para ella, “las personas construyen la cultura material tanto como la cultura material construye a las personas” (p. 19). De esta forma, apuesta por el concepto de relación fractal que hace imposible diferenciar a la persona de la cultura. Va llegando a lo que será uno de sus principales aportes en la obra, la disyuntiva entre razón y emoción. Acusará a la Ilustración de haber sido la causante de sostener un discurso que llega hasta la actualidad, y sobre el que se apoya la seguridad personal de la mayor parte de los hombres que ocupan posiciones de poder. Este discurso que articularía nuestro orden social estaría basado en la idea de que a cuanto mayor desarrollo de la razón, mayor individualización; que razón y emoción han de ir necesariamente separadas; que cuanto más individualizada está una persona, menos necesita vincularse con una comunidad para sentirse segura. Estos principios conforman para la autora la fantasía de la individualidad. Se distancia de las posiciones posmodernas y abraza la teoría de la complejidad que parte “del principio de que el conocimiento debe poder validarse y por tanto considerarse objetivo, pero al mismo tiempo escapan de la ciencia positiva que identifica las dinámicas humanas con las de las máquinas” (p. 26). Y será a partir de esta teoría donde la autora desarrolle sus propios argumentos para demostrar que el sostenimiento de que puede existir un individuo autónomo de la comunidad, así como una razón separada de la emoción, ha sido lo que ha llevado a la subordinación de las mujeres, ya que a ellas se las encargaría sostener esa identidad relacional basada en las emociones (que es considerada inferior), y que los hombres habrían ido abandonando a favor de una identidad individual apoyada en la razón (que es considerada superior).

En el segundo capítulo la autora recurre a los conceptos de género y sexo. Tras explicar su origen, argumenta que no hay que naturalizar los comportamientos femeninos, ni los masculinos, pues esto llevaría a reforzar la diferenciación sexual apoyándonos en una vieja explicación, lo natural (argumento que vuelve a recuperar en el capítulo décimo). Tras enumerar algunas interpretaciones que se han hecho desde el campo del psicoanálisis, posiciones materialistas y la antropología estructuralista, que ponen el acento en la naturalidad en los procesos de diferenciación sexual, la autora defiende, sin embargo, que estos procesos se deben a cuestiones de carácter cultural y no natural.

En el tercer capítulo aborda el tema del origen, haciendo referencia al llamado chimpancé común, considerado como antecesor al género homo. En estos chimpancés se daba una imposición de los machos sobre las hembras, lo que sirvió, según la autora, para dar una justificación natural al patriarcado, a pesar de que ya en las décadas de 1980 y 1990, se conoció otro modelo alternativo a ese chimpancé común, el *Pan paniscus*, en ellos no había imposición de los machos sobre las hembras. El origen de la diferencia lo situaría en aquellas sociedades de cazadores-recolectores, donde se empezaría a producir una mayor movilidad de los hombres, mientras que las mujeres se quedarían en el poblado al cuidado de los hijos. Serán los hombres, debido a su mayor movilidad, los que progresivamente vayan desarrollando una mayor individualización, ya que cuanto más movilidad tenga una persona o un grupo, más grande será su visión del mundo y más capacidad de decisión tendrán que demostrar frente a él. Por tanto, la autora rechaza que el factor de la maternidad sea el que haya

subordinado a las mujeres, sino la utilización de símbolos por parte de los hombres (favorecido por su capacidad de desplazamiento) lo que les permitió dar orden y sentido al mundo, y por tanto, conseguir el poder.

En el capítulo cuarto, la autora señala el tránsito de unas sociedades de cazadores-recolectores en las que se produce una división del trabajo entre hombres y mujeres, pero que estas diferencias no otorgan poder a un grupo sobre otro. Toda la comunidad mantendría una identidad relacional. Sin embargo, a medida que los hombres fueron ocupando posiciones especializadas y, por tanto, posiciones de poder, este tipo de identidad relacional fue progresivamente asociada sólo a las mujeres. Esta mayor especialización se produciría a medida que aumentaba la complejidad socioeconómica, así como la división interna de la sociedad.

En los capítulos quinto y sexto, aborda la formación de la identidad individual que se debe a todo un proceso histórico, favorecido por el desarrollo de las tecnologías y la capacidad de explicar el mundo de una forma racional. La escritura se convirtió en la “tecnología intelectual”, que permitió una ampliación en la visión del mundo, lo que produce un aumento de la racionalidad y, por tanto, de la individualidad.

En el capítulo séptimo, la autora defiende que la historia no ha invisibilizado a las mujeres en función de su sexo; su subordinación se debió al tipo de identidad que mantuvieron. El comienzo del orden patriarcal se produciría, por tanto, en el momento en que los hombres valorasen como superior esa identidad individual basada en la razón que creían tener, al tiempo que relegaban los vínculos emocionales, claramente infravalorados y alejados de la razón a las mujeres.

En el capítulo octavo, la autora empieza a desmentir ese discurso de individualidad masculino. Uno de los argumentos que sostiene es la formación de distintas asociaciones varoniles como equipos deportivos, partidos políticos, ejército, asociaciones, etc. En ellos los hombres se caracterizan por mantener relaciones que no están basadas en su plenitud en la razón, sino donde los vínculos emocionales son muy fuertes. También señala cómo la vestimenta que se observa en los hombres no los individualiza sino que indica a que colectivo pertenecen.

La idea desarrollada en el capítulo noveno es que en las sociedades contemporáneas, la mayoría de los hombres siguen manteniendo una individualidad dependiente, es decir, siguen considerándose independientes y sus vínculos emocionales los intentan sostener (pero no los reconocen) a través del sostenimiento de relaciones desiguales. Para las mujeres el proceso fue diferente, cuando ellas pudieron individualizarse siguieron unos mecanismos distintos, ya que ellas no tenían a nadie que mantuviese esos vínculos emocionales. De esta forma, las mujeres tuvieron que reconocer lo que los hombres negaban, que no puede haber individualización si se olvidan los vínculos emocionales con la sociedad.

En el último capítulo, la autora expone sus consideraciones finales sobre todo este proceso. Por un lado, argumenta que no es posible separar la razón de la emoción, ni siquiera en términos neurológicos. Mantiene que hay un discurso patriarcal que sigue dominando nuestras vidas, por el cual, se sigue primando la razón por encima de la emoción. Defiende que las mujeres no sólo deben representar el componente racional porque entrarían en el discurso patriarcal, que ha defendido ese componente como el más importante. Razón y emoción deben ir juntas, y valorarse de la misma manera.

La autora también hace constar la fuerza que en nuestra sociedad está cobrando la individualidad y los procesos racionalistas, especialmente en las ciencias, donde se favorece una mecanización del conocimiento frente a las emociones, lo que puede producir una deshumanización de la sociedad.

*La fantasía de la individualidad* supone una contribución al pensamiento científico, al analizar la conformación de las identidades en los sujetos modernos, viendo cómo esa conformación ha tenido lugar a lo largo de la historia. La interdisciplinariedad utilizada por la autora fortalece y consolida su aportación teórica, que por otra parte, es totalmente novedosa, en lo que respecta a establecer el factor emoción (identidad relacional)/razón (identidad individual), como factores que contribuyeron a la subordinación femenina. No obstante, no profundiza demasiado en ese tránsito entre identidades relacionales dadas en toda la comunidad, a ese otro proceso en el que se va a ir configurando en los hombres una identidad individualizada, mientras que las mujeres mantendrían una identidad relacional.

Soraya GAHETE MUÑOZ

Universidad Complutense de Madrid

LLONA, Miren (coord./ed.), *Entreverse. Teoría y metodología practica de las fuentes orales*, Bilbao, UPV, 2012, 244 páginas.

Si bien las fuentes orales, a escala internacional, no requieren ya excusa ni justificación como herramienta indispensable para la Historia o historiografía, pues su estatus ha sido incorporado a la investigación de procesos sociales desde hace tiempo (como sucede en Antropología y en Sociología, donde fueron ensayadas primero), lo cierto es que todavía es preciso en España, incluso ante sectores profesionales bien considerados, advertir de su uso y especificidad, contextualizar su presencia y demostrar su interés. Lo que debería llevarnos simplemente a una jerarquización de discursos historiográficos en función de los resultados de la investigación y del empleo riguroso de los diferentes utillajes y metodologías con que contamos, se convierte, más de una vez, en un círculo cerrado de posturas adversas o especialmente críticas sobre el valor de otras fuentes (la oral, la visual) que no formaban parte, desde el siglo XIX, del estrecho circuito del historiador tradicional. La fuente oral, ligada a la hermenéutica e inscrita en territorio de la subjetividad, vuelve una vez tras otra a chocar con el muro de la resistencia objetivista. El terreno ganado en este aspecto en las décadas anteriores posee fronteras lábiles, que se abren y se cierran al compás de avatares que no son estrictamente teóricos y metodológicos, porque –digámoslo ya con la misma claridad con que se plantea en este libro que comentamos- la fuente oral trabaja sobre la *memoria*, y es a propósito de la exploración interdisciplinar de las memorias donde tiene lugar todo su interesante despliegue de posibilidades.